

dido dos hijos de tierna edad, y no los olvidó nunca: aprovechaba toda ocasión propicia para recordar sus bellas cualidades, la travesura del uno y la docilidad del otro; a su muerte, encontramos sentidísimas cuartillas dedicadas a sus dos malogrados hijitos, en las que declara que al cabo de treinta años no pudo todavía cerrar de noche los ojos sin consagrar un recuerdo a los dos niños.

Tenía verdadera vocación a la enseñanza, a la que desde muy joven se había dedicado, dando lecciones a sus condiscípulos, y como fuese tan grande el caudal de sus conocimientos, no había cosa de que no dedujera una provechosísima lección. Era muy aficionado a dar largos paseos, y en el campo nos hacía apreciar las diferencias entre árbol, arbusto y planta herbácea, entre pino y chopo, flor y fruto; nos mostraba las propiedades de la tierra, las distintas clases de piedra, la proyección de las sombras según el estado de la Tierra con relación al Sol. De noche, nos enseñaba cómo la agrupación de estrellas constituía constelaciones. Las estatuas de las plazas públicas, Calles como la de Cervantes, Lope de Vega, Don Ramón de la Cruz, Goya, Velázquez, Claudio Coello, daban lugar a que recordara ligeras noticias biográficas de tan esclarecidos varones, y luego las completara mostrándonos copias de sus cuadros o leyéndonos una novela, una comedia, un sainete o una poesía, con una entonación que nos encantaba. Por desgracia, ni los paseos ni las veladas podían repetirse sino los jueves y los domingos, ya que sobre él pesaban múltiples ocupaciones.

Cuando hubimos de dedicarnos a estudios superiores puso gran empeño en que conociésemos la gramática castellana, la tierra en que vivimos, la historia de nuestros antepasados, y porque aprendiésemos a conciencia el latín, convencido de la dificultad de encontrar un idioma universal que borrara la barrera que las lenguas oponen a la común inteligencia de los hombres, por si podía ser la lengua universal de las ciencias y permitir la rápida difusión de los conocimientos humanos. Insistió, por último, en que oyésemos respetuosamente a nuestros profesores, pero sin aceptar desde luego sus teorías sino después de someterlas a meditado razonamiento, y francamente las rechazásemos si a nuestra razón repugnaban. Le complacía que hiciésemos objeciones a sus escritos: señal de que sobre ellos habíamos meditado y puesto nuestra razón en ejercicio.

Bien merece que a culto hayamos sus hijos elevado el amor que en vida le profesamos.

(La Voz, Madrid).

Don Joaquín Pi y Arsuaga ha tenido la atención de responder a nuestro requerimiento, dedicando un artículo a la memoria de su ilustre padre.

He aquí el interesante trabajo del Sr. Pi y Arsuaga:

SIN otro título que el de ciudadanos, habríamos contribuido, ignorados, al homenaje que se tributa a la memoria de nuestro amado padre; a sabiendas, como hijos, nos invita a colaborar *El Sol*, y en la medida de nuestras posibilidades lo hacemos. Todo el mundo goza de libertad para juzgar a Pi y Margall como literato, como historiador, como filósofo, como político; nuestra esfera de acción es muy limitada, que los juicios de los hijos respecto a los padres carecen de autoridad, y no deben hacérselos; y a aportar datos a los biógrafos que de él hayan de escribir debemos concretarnos, procurando evitar posibles errores sobre su carácter entre quienes no le conocieron personalmente y han de juzgarle sólo por la energía que hubo de desplegar en actos de gobierno, o en largos años de oposición contra una tiranía que sublevaba su conciencia.

No se consagró a la política con miras al disfrute del Poder. Proclamó la soberanía del hombre, y de ella lógicamente dedujo la República por forma de gobierno de los pueblos y la federación por sistema; y no lo aprendió de Proudhon, como erróneamente se ha dicho, que mantuvo ya estas ideas, en 1854, en su obra *La Reacción y la Revolución*, y no dió a luz Proudhon su *Principio federativo* hasta 1859, con motivo de la guerra austro-italiana y el Tratado de Villafranca. Formado ya su criterio, se adhirió al partido democrático, considerando que la política es un deber, pues todos los hombres venimos obligados a colaborar en la obra de la civilización y el progreso de la humanidad.

A la propaganda de estos ideales consagró su vida, procurando inculcarlos en el corazón y en el entendimiento de sus conciudadanos, que quien por la República y la federación se decidiese, quería que de su bondad estuviera convencido. No nos dijo a nosotros mismos que como él pensáramos: nos dedicó *Las Nacionalidades*, diciendo: *para que las leas y estudies*, no como pauta de nuestra conducta política; le regocijaba que, aún muy jóvenes y faltos de la cultura necesaria para apreciar su pensamiento, le hiciéramos objeciones, y, como si se tratara de cualquier correligionario, desvanecía nuestras dudas.

Tanto quería infiltrar el sentimiento democrático en el pueblo, que, por los años 1853 o 54, estableció una escuela nocturna para adultos, en un caserón de la calle de Preciados. El profesorado estaba constituido por caracteri-

zados demócratas, jornaleros eran en su mayoría los discípulos, allí se enseñaba a leer y escribir y se daban lecciones de Derecho natural. Intrigó a la Policía aquel centro de enseñanza, y, para mejor vigilarlo, solicitó que en él fuesen admitidos como alumnos algunos guardias, solicitud que fué inmediatamente atendida. Con hacer manifiestos progresos de cultura aquellos agentes de la autoridad, entendió la Policía, y no iba muy descaminada, que no era puramente pedagógico el fin de aquel centro, que allí se conspiraba, y ordenó su clausura, que tanto podía hacerse en aquellos abominables tiempos reaccionarios. Privado de la escuela, dió lecciones de Derecho natural y de economía en su domicilio.

Contribuyó como el que más por este y otros medios, el libro, el folleto, la prensa, la tribuna, a la difusión de los principios democráticos y la federación. En nuestra efímera República adquirió el convencimiento de que el principio no estaba sino vagamente comprendido, y lo concretó en *Las Nacionalidades*, y emprendió una activa propaganda, por la que dió al partido federal sólida organización; pero andando el tiempo, unos correligionarios murieron, más o menos claudicaron otros, la organización del partido se debilitó, vio que le iba faltando el vigor para recorrer las provincias, y fundó *El Nuevo Régimen*, desde cuyas columnas, personalmente, difundió sus ideas hasta horas antes de morir. Casi todo el periódico escribió durante el primer año de su publicación, pues apenas consintió que en su obra colaborasen más que un par de reputadas firmas; ampulosos, llenos de hojarasca, faltos de fondo encontraba la generalidad de los artículos que cariñosos amigos, pero medianos escritores, le enviaban: la propaganda de las ideas, decía, requiere que se las exponga con suma claridad, de modo que se las ponga al alcance de todas las inteligencias. Sentía, sin embargo, desairar constantemente a cuantos con sus escritos trataban de ayudarle, y algunos llegó a publicar, pero tan corregidos, que era difícil que sus autores los conociesen. Decidió reunirlos semanalmente, hacerles ver los defectos en que incurrieran y las torcidas interpretaciones a que con ellos daban lugar, les leía trozos de los mejores autores, sobre todo de Cervantes, que viniesen al caso, y consiguió así tener unos colaboradores aceptables. Uno de éstos, que pudiéramos decir sus discípulos de literatura, no aprovechó las lecciones y siguió escribiendo tan mal como antes de recibirlas; era hombre maduro, de inmejorable carácter, culto, que aun había hablado en el Parlamento con la misma oscuridad con que escribía, y que, a pesar de